

ENTREVISTA

La entrevista se llevó a cabo en noviembre de 2002 en Berlín, en la casa de la Dra. Ruth Radvanyi y se publicó en alemán en el anuario de la Fundación Anna Seghers Berlin en noviembre de 2003. Se presenta la versión en español con una introducción adicional de la entrevistadora.
Traducción al español de Luis Carlos Cuevas Dávalos.

“Mi patria era mi madre”:

Entrevista con la Doctora Ruth Radvanyi,
hija de la escritora alemana Anna Seghers

Apenas entro a la clase y ya los reconozco, mis pequeños emigrantes. Para mí, en la expresión de su rostro tienen algo de huérfanos, como si hubieran vivido una dura pérdida que, aunque no la entiendan, la intuyen. Los reconozco ya en la mirada, ha reflejado otras cosas que no son para lo que esos ojos tiernos han sido destinados. Lo sé de antemano, en un par de días el profesor de la clase vendrá conmigo porque con este niño habrá tal o cual dificultad. Pero cuando hayan pasado un par de semanas, entonces encontraré a este niño en el patio de la escuela, brillarán sus ojos, estará lanzando algunos gritos a sus compañeros: “Salaud Imbécile Idiot”; entonces le jalaré las orejas, pero estaré tranquila: se ha aclimatado.¹

Ruth Radvanyi (28/05/1928-19/07/2010), hija de la famosa escritora judía alemana Anna Seghers, vivió gran parte de su infancia y adolescencia en el exilio. La familia Radvanyi emigró primero a Francia, en donde viviría ocho años (1933-1941) y posteriormente a México (1941-1946), país que se convertiría en el destino final de una odisea en la huida del nacionalsocialismo. Estados Unidos les negó el ingreso al país, por lo que junto con sus padres y su hermano (Laszlo Radvanyi, Anna Seghers y Pierre Radvanyi) se convirtieron en parte importante del exilio de lengua alemana en México. Tanto ella como su hermano experimentarían una de las consecuencias de la emigración: la

Olivia C. Díaz Pérez
Universidad de
Guadalajara

VERBUM ET LINGUA

NÚM. 2

JULIO / DICIEMBRE 2013

ISSN 2007-7319

¹ Anna Seghers: *Frauen und Kinder in der Emigration*. En: Anna Seghers: *Gewöhnliches und gefährliches Leben. Ein Briefwechsel aus der Zeit des Exils 1939-1946*. Anna Seghers/Wieland Herzfelde. Mit Faksimiles, Fotos und dem Aufsatz *Frauen und Kinder in der Emigration* von Anna Seghers im Anhang. Darmstadt: Luchterhand, 1986, p. 144.

comunicación entre ellos se dio en una lengua diferente a la de sus padres, el francés. La inscripción en escuelas francesas y después en el liceo francés de la Ciudad de México les permitió regresar a París inmediatamente después del término de la guerra, en donde ambos realizarían sus estudios universitarios. Después de ocho años de estudios de medicina en París, Ruth se trasladó a Berlín oriental en donde se desempeñó como pediatra. Su hermano Pierre estudió física en París e hizo Orsay su lugar de residencia, en donde vive actualmente. El año 2000 Ruth Radvanyi publicó en la editorial *Aufbau*, junto con otros dos autores, *Una Biografía en imágenes (Eine Biographie in Bildern)* de Anna Seghers. A la muerte de ésta el año 1983, Ruth Radvanyi convirtió la casa de su madre en un museo y junto con su hermano fungió como uno de los miembros fundadores de la *Fundación Anna Seghers Berlin y Mainz*. Desde 1992 la fundación publica un importante anuario sobre la obra de Seghers y también otorga anualmente un importante premio literario, el que se instauró de acuerdo al testamento de la misma Anna Seghers que instruyó que el dinero obtenido de la venta de sus libros se empleara en fomentar la obra de autores jóvenes tanto de Alemania como de Latinoamérica. Entre los autores latinoamericanos que han recibido el premio Anna Seghers (consistente en 25,000 Euros) se encuentran: Gioconda Belli (Nicaragua), Carmen Boullosa (México), João Ubaldo Ribeiro (Brasil), Alonso Cueto (Perú), Rafael Gumucio (Chile), Ana Teresa Torres (Venezuela), David Mitrani Arrenal (Cuba), Claudia Hernández (El Salvador), Cristina Ri-

vera-Garza (México), Guadalupe Nettel (México), Lina Meruane (Chile), entre muchos otros. Hasta pocos años antes de su muerte, Ruth Radvanyi estuvo involucrada directamente en el otorgamiento de este premio a los escritores latinoamericanos y los de lengua alemana así como en las ediciones de la obra de Anna Seghers.

O.D.: ¿Cómo vivió en su infancia la experiencia de la emigración? Me refiero a temas como la integración constante a nuevas escuelas, a nuevos entornos.

R.R.: Durante la emigración nuestros padres siempre nos enviaron a la escuela, donde quiera que estuvieramos, incluso en la ilegalidad. Mi hermano me contó hace poco su aventura en una escuela primaria francesa. Llegamos a Francia en 1933 y vivíamos en un suburbio de París. Peter ya iba a la escuela en Alemania y lo inscribieron en una primaria de ese lugar francés. Dice que tuvo muchas dificultades con los otros alumnos. Fue a clases junto con un vecino, también hijo de un emigrante y que después sería conocido como radiotelegrafista de “La Orquesta Roja”, y recuerda que los niños los recibieron con insultos y que tuvieron que salir corriendo. Ésa es una experiencia que yo no pasé, porque era dos años menor. Entonces nos inscribieron a una escuela privada. Me pregunto si fue por esta escuela por lo que nuestros padres decidieron mudarse. Era una escuela maravillosa. Al principio tuve problemas para aprender francés, pero le puse mucha dedicación y de repente fluyó. Incluso me pasaron a un grado más arriba y los otros niños me aceptaron. Era una escuela privada pero no pagábamos nada, no



EL C. OFICIAL MAYOR DE LA SECRETARIA DE RELACIONES EXTERIORES

C E R T I F I C A: que el señor Laszlo Radvanyi, natura-
lizado mexicano según Carta número 140 de fecha 11 de marzo -
de 1946, se ha presentado en esta Secretaría solicitando se -
expida certificado de nacionalidad mexicana a favor de su hi-
ja RUTH RADVANYI REILING, en virtud de ser en la actualidad -
menor de edad, y sujeta a la patria potestad del peticionario
así como en la fecha de la expedición de la mencionada carta
de naturalización.

En virtud de que RUTH RADVANYI REILING, nació el 26 de
mayo de 1928 en Charlottenburgo, Alemania, se encontraba suje-
ta a la patria potestad de su progenitor a la fecha de su na-
turalización mexicana y en consecuencia, está comprendida en
lo dispuesto por el artículo 43 de la vigente Ley de Naciona-
lidad y Naturalización vigente, quedando naturalizada mexica-
na por efectos de la Ley, desde la fecha de naturalización --
del padre.

Se expide el presente certificado en la ciudad de Méxi-
co a los veinticuatro días del mes de junio de mil novecientos
cuarenta y seis.

Pablo Campos Ortiz
Lic. Pablo Campos Ortiz.

EL DIRECTOR GENERAL
DE ASUNTOS JURIDICOS.

Oscar Treviño Ríos
Lic. Oscar Treviño Ríos.

Certificado de nacionalidad mexicana No. 1222.
Expedido a favor de Ruth Radvanyi Reiling.
VII/521.4/79606. ABR/ame.

Academie der Künste, Berlin, Anna-Seighers-Archiv, © Anne Radvanyi.

Certificado de nacionalidad mexicana de Ruth Radvanyi (11 de marzo de 1946).

teníamos dinero, el director y la directora nos recibieron por solidaridad.

En México nos ahorramos el problema del idioma, porque nuestros padres nos inscribieron a una escuela francesa, el *Liceo Franco-Mexicano*. Debíamos seguir aprendiendo francés para hacer el examen final del bachillerato en esa lengua y, una vez que Hitler fuera vencido, poder entrar a la universidad. Nuestros padres pensaban mucho en lo que sería de nosotros. Otra posibilidad hubiera sido enviarnos a una escuela mexicana. Seguramente lo tuvieron en cuenta, porque entonces hubiéramos conocido más rápido su cultura y el idioma. No es cierto lo que escribió Renatte von Hanffstengel, que Anna Seghers no inscribió a sus hijos en una escuela norteamericana porque estaba en contra de los Estados Unidos.

O.D.: En el ensayo “Frauen und Kinder in der Emigration” (Mujeres y niños en la emigración) Anna Seghers afirma que el idioma es como el pan. Como alguien que creció con varios idiomas ¿qué opina de esto?

R.R.: Eso del pan es una metáfora típica de Anna Seghers. Nosotros hablábamos francés y nuestros padres se esforzaban por enseñarnos alemán. Querían que nos sintiéramos a gusto y que no viviéramos otra fractura: Europa, América, guerra, paz, Hitler y no Hitler; con eso ya teníamos suficiente para luchar bastante. Nos criamos en la cultura francesa y creo recordar que hablábamos alemán con nuestros padres. Ahora poco a poco se me está olvidando el francés, pero todavía cuento en ese idioma y, cuando llamo por teléfono a mi hermano en París, también pla-

ticamos en francés. Aparte del año que Peter fue a la primaria en Alemania, estudiamos sólo en escuelas francesas.

O.D.: ¿Y español?

R.R.: Sí, ésa fue la desventaja que tuvimos por haber ido a escuelas francesas. No conocimos niños en las calles con quienes hablar español. Teníamos a los niños de la escuela privada, pero la mayoría era descendiente de comerciantes franceses que llegaron a México a principios de siglo. Los hijos de emigrantes eran una minoría. Una parte de estos niños no tenían el menor interés por la escuela, el nivel y la exigencia de las clases variaba. Había algunos emigrantes que también eran profesores y muy buenos. Por ejemplo, teníamos un profesor de Filosofía maravilloso, Xirau, que venía de la Universidad de Barcelona y que nos enseñaba Filosofía de una forma, de eso me acuerdo todavía hoy, en la que cada uno de nosotros representaba a un filósofo y metidos en ese personaje teníamos que explicar nuestras teorías. Yo era Immanuel Kant, lo escogí, y mi amigo Friedrich Katz, que también era hijo de emigrantes y que debe de ser conocido en México, creo que como etnólogo o antropólogo, era Karl Marx. No me puedo acordar si había otros hijos de emigrantes en esa clase.

Peter iba a la misma escuela, pero dos años más arriba; teníamos diferentes talentos. Mi hermano se convirtió en físico nuclear y yo en médico. Siempre formamos una comunidad de trabajo para cuestiones relacionadas con los deberes escolares. Yo le traduje a Tácito al francés y quizá también otras cosas que estaban en español, ya no me acuerdo, y él me hacía las tareas de física. Naturalmente que eso ya no fun-

ción en el bachillerato. Las relaciones con niños o adolescentes mexicanos de nuestra edad fueron más bien esporádicas.

O.D.: ¿Cómo vivió la huida a través del Atlántico?

R.R.: En Marsella hacía frío y nevaba cuando abordamos el *Capitaine Paul Lemerle*, un buque de carga bananero sin bananas; las bananas éramos nosotros. Por coincidencia en ese buque viajó, en el dormitorio pegado a la cabina del capitán, el etnólogo francés Lévi Strauss. Él escribió acerca de esa experiencia, así que hay una descripción escrita de nuestro embarque. El buque zarpó y nosotros teníamos miedo de que nos hundieran los submarinos. Dormimos bajo la cubierta, en el piso de madera. A la hora de la comida en la mesa había cerca de diez adultos y además sus hijos. Íbamos con gente muy famosa en la cubierta: Victor Serge, André Breton, Kantorowicz y su mujer; por cierto que a él los niños no podían soportarlo, era, como se dice en francés, un *pète-sec*. Y en algún momento llegamos a Martinica. Todavía hoy es como si la viera frente a mí, la bahía de Fort-de-France. Ahí nos llevaron a un campo de concentración. Era una antigua colonia de enfermos de lepra con barracas sólidas. Cuando los hombres fueron encarcelados en París, nuestra madre intuyó que íbamos a tener que atravesar el océano Atlántico y, por eso, nos hizo tomar algunas clases de natación. Aunque el dinero no había alcanzado en ese entonces, ahora podía seguir aprendiendo a nadar en Martinica, pues estábamos en una lengua de tierra. Dejamos ese lugar cuando nuestros padres consiguieron dinero y visas. No queríamos quedarnos en Martinica.

O.D.: ¿También fueron a la escuela en Martinica?

R.R.: No, pero la *Tschibi*, mi madre, hizo el intento. Le dijo al comandante del campo que iba cada mañana en una lancha de motor desde la bahía hasta la capital Fort-de-France: “Comandante, mis hijos son alumnos de escuelas francesas, ¿no podría usted llevarlos a la escuela en su lancha de motor?”, pero él se rehusó.

De Martinica partimos en barco rumbo a la República Dominicana, que en ese entonces tenía en el gobierno al General Trujillo. Ahí estuvimos en un cuarto de hotel hasta que logramos abordar un barco que nos llevaría a Estados Unidos. Antes de desembarcar en Nueva York llegó al barco un hombre con la orden de no dejarnos entrar a Nueva York. Me miró y, como yo por pura vanidad no me ponía los lentes y parpadeaba en exceso, escribió en un papel: “*disease of the central nervous system*”. Eso lo investigó Alexander Stephan en las actas del FBI. Después fuimos llevados a Ellis Island e internados en una sala enorme, separados hombres y mujeres. Ahí los norteamericanos nos dieron de comer. Una tarde vino una enfermera y me llevó al hospital militar de Ellis Island para revisar qué era eso del “*disease of the central nervous system*”. Después de pasar un par de días en el hospital, comprobaron que estaba sana. Recuerdo que una mañana oí decir a una mujer que vigilaba a los internos: “*War with Russia*”. Había empezado la guerra entre Alemania y la Unión Soviética: era el 22 de junio de 1941. Un día subimos a un barco rumbo a Veracruz. Recuerdo que iba un médico que me miró a los ojos y entonces pensé: “Mierda, ya va a empezar de nuevo”. Pero lo que dijo en español

fue, después me lo tradujeron, que yo tenía unos ojos muy hermosos. El 30 de junio llegamos a Veracruz, alguien nos recibió. Hacía mucho calor y estaba muy soleado. A Peter y a mí nos alojaron en un cuarto de hotel con cucarachas. Teníamos miedo de que se subieran a las camas, así que Peter y yo decidimos turnarnos la vigilancia para impedirlo. Pero en algún momento ambos nos quedamos dormidos. Al despertar descubrimos que las cucarachas no se suben a las camas. Al día siguiente partimos a la Ciudad de México. Recuerdo el Pico de Orizaba al borde de las vías del tren.

En México nos repartieron entre los camaradas y me acuerdo que me tocó quedarme con el pediatra Neumann y su mujer. Era un buen médico pero quería educarme y... educar a una niña que acababa de cumplir los trece años!

O.D.: Y entonces tuvieron una casa en la calle Río de la Plata...

R.R.: Sí, e inmediatamente nuestros padres se encargaron de que fuéramos a la escuela. La escuela se llamaba *Liceo Franco Mexicano*. Seguramente escogieron esa casa por su cercanía a la escuela. Normalmente íbamos a clases a pie, a veces en un autobús que casi siempre iba demasiado lleno. Pero no estaba muy lejos. Claro que Peter iba más rápido que yo. Debido a su estatura yo tenía que dar tres pasos para igualar la distancia que él recorría en dos.

O.D.: ¿Quiénes eran sus amigos en México? ¿En qué medida conoció México?

R.R.: Rosi fue mi amiga. Siempre la consideré extremadamente inteligente. Era año y medio mayor que yo, y después se cambió el nombre por el de Katrin. Sus padres

se apellidaban Foscht; eran camaradas austriacos. Su padre era un camarada de Viena. Fue una gran alegría tenerla a ella como amiga en México. Yo estaba en una edad donde es muy necesario tener una amiga o un amigo. La admiraba, juntas hicimos cosas locas. Una vez fui, sin mis padres, a un viaje por la selva con un grupo de cuáqueros de Estados Unidos. De esta forma conocí México finalmente un poco más de cerca. Fuimos a un pueblo donde los cuáqueros ofrecían servicios médicos, esencialmente vacunas contra la viruela y medicamentos contra la sífilis. Sé que en el camino iban haciendo extracciones de sangre y poniendo inyecciones. Me acuerdo que llegamos a buscar alcohol a una pulquería. Todavía puedo acordarme del olor del mezcal en la pulquería. Cabalgamos por la región y vacunamos a la gente del pueblo contra la viruela, eso me impresionó muchísimo. Ahí encontré también una amiga, *Catalina Vega*.

Después también, cuando el grupo de emigrantes alemanes hubo formado un grupo de jóvenes, exploramos México un poco más. En ese contexto hicimos excursiones. Recuerdo que estuvimos en diferentes lugares y conocimos muchas personas. Rosi también estaba en el grupo. Hans, su novio de entonces, se quedó en México y se convirtió en profesor.

En México estuvo una familia que es conocida aquí en Berlín: la actriz *Steffi Spira* y su esposo *Günter Ruschin*. En México consiguieron su sustento, él vendía de puerta en puerta imágenes sacras y ella primero abrió una pequeña librería, pero después tuvo que trabajar de auxiliar de enfermería. Ambos nos cobijaron con sus conocimientos y se las arreglaron



Academie der Kunst, Berlin, Anna-Seghers-Archiv, © Anne Radvanyi.

Ruth Radvanyi en el techo de su casa en la ciudad de México, frente a la terraza de trabajo de Anna Seghers.

para que tuviéramos contacto con la música, la literatura y las cosas alemanas. En eso Rosi siempre fue la mejor, yo fui más afrancesada. Con ellos emprendimos varias excursiones a los alrededores de la Ciudad de México.

O.D.: Entre los amigos más cercanos de su madre se encontraban Xavier Guerrero y Clara Porset. Con Clara Porset mantuvo incluso después de su retorno a Europa una correspondencia durante años.

R.R.: Tschibi era amiga de Clarita y de Xavier, eran sus mejores amigos. También tenía un contacto muy especial con la gente del *Taller de Gráfica Popular*. Cuando Tschibi volvió a la RDA (República Democrática Alemana) quería a Clarita en la RDA, pero no se pudo. Tengo el recuerdo de que por

algún motivo Tschibi no consiguió que Clarita llegara a la RDA. No sé si eso se debió a algo del gobierno de la RDA o de la CIA. Y en algún momento Clarita se enojó, eso se lee en sus cartas. Tschibi estaba muy triste por eso. Amaba a Clarita y a Xavier.

O.D.: Hay una imagen muy hermosa de Xavier Guerrero que lleva el título “En la cabeza de Anna nace una historia” para la que usted posó como modelo.

R.R.: Sí, me pidió que posara porque yo estaba ahí, mera coincidencia. Mi mamá tenía contacto con los artistas del *Taller de Gráfica Popular*. Me acuerdo especialmente de *Pablo O’Higgins*. Mi madre conocía a muchos otros artistas, el más conocido es *Leopoldo Méndez*. De los otros nombres no me acuerdo.

O.D.: ¿Usted tuvo contacto con los *Stavenhagen*?

R.R.: Sí, los *Stavenhagen* eran comerciantes. No sé si eran emigrantes como nosotros o si habían llegado antes. Sus hijos ya iban un año escolar más arriba que nosotros. Los *Stavenhagen* tenían una casa con jardín y además una hija maravillosa, Ruth. Esa hija tenía amistad con el joven emigrante *Klaus Bodeck*, cuya madre era fisioterapeuta y cuyo padre había muerto en la guerra civil española. Klaus también era un joven muy hermoso y juntos hacían una pareja muy bonita. Se casaron y se quedaron en México, él se hizo ingeniero y murió de esclerosis múltiple. Mi madre era amiga de ellos y también de una familia norteamericana, los *Röder*.

O.D.: ¿Y los *Lindau*?

R.R.: *Lindau* es un apellido del que no me acuerdo exactamente.

O.D.: De entre los emigrantes, Anna Seghers era muy amiga de Egon Erwin Kisch.

R.R.: Sí, los *Kisch* también eran amigos. A Egon Erwin y a Gisl los queríamos mucho. A ellos los conocíamos ya en Francia. Vivían en Versalles y nosotros cerca de una estación de la línea del ferrocarril *Paris-Montparnasse-Versalles*. De tiempo en tiempo nos visitábamos.

O.D.: En la biografía en imágenes de Egon Erwin Kisch publicada por Markus G. Patka, hay una fotografía muy bonita de usted y Kisch en México.

R.R.: Sí, los niños amábamos a Egon porque hacía trucos de magia y adivinación. Siempre me consideré la niña preferida de Kisch, pero él siempre tuvo muchos

favoritos. Era simplemente muy amable con los niños. También Gisl era muy cariñosa; siempre estaba ahí. Después leí a *Egon Erwin Kisch* y me parece muy bueno lo que escribió. Yo admiraba a Kisch, incluso jugábamos a ser Kisch. Una vez estuvo en Australia y, era tan como de novela, brincó del barco y se rompió la pierna, y nosotros jugábamos a “brincar del barco”.

O.D.: Si se habla de escritores alemanes en el exilio en México, siempre se habla de Ludwig Renn, Bodo Uhse y Gustav Regler ¿Cómo los recuerda?

R.R.: *Renn* y *Uhse* también eran amigos de mi madre. Creo que más *Renn* que *Uhse*, pero de eso no estoy segura. *Gustav Regler* estaba descartado, porque su orientación política era de alguna manera distinta. No recuerdo ningún contacto con *Regler*. *Renn* también escribió bellas cosas sobre México. Los *Uhse*, los adultos, se preocuparon por acercarnos a la cultura juvenil y organizaron algunas cosas. Lo mejor fueron las excursiones que hicimos en México, pero no muy lejos porque también se necesitaba dinero para eso. Yo tuve la suerte de ir un poco más lejos con el grupo de cuáqueros. En las excursiones participaron *Rosi*, *Hans*, *Alex*, *Peter* y otros de los que puedo acordarme. Hicimos especialmente excursiones a los alrededores con *Steffi* y *Günter Ruschin*. A San Miguel de Allende fui con mi madre. A *Bodo Uhse* le pidieron encargarse de nosotros y quería que externáramos nuestra opinión sobre *Fausto*, pero yo me había criado en la cultura francesa y no tenía la más mínima idea de *Fausto* y por no sé qué motivo no quería preguntarle a mi madre.

Entonces fue que leí *Fausto*, para darle una alegría a Uhse, pero hubiera preferido hacerme la pinta.

O.D.: En México su madre tuvo contacto con Vicente Lombardo Toledano, así como con otros artistas e intelectuales extranjeros como Pablo Neruda, Tina Modotti, Hannes Mayer...

R.R.: Rodi trabajó con Lombardo en la Universidad Obrera. Me acuerdo de *Tina Modotti* y de *Carlos Contreras*, alias *Vittorio Vidali*. A él lo admiraba. También entabló amistad con *Pablo Neruda*, especialmente después, en el movimiento por la paz. Tenía una foto de *Neruda*, *Jorge Amando* y *Tschibi*, y hace poco, cuando estuve con *Antonio Skármeta*, le regalé una copia. Me acuerdo de *Hannes Mayer*, era de los críticos de *Paul Merker*. Era un arquitecto famoso. Peter hizo excursiones con él al Popocatepetl. Era amigo de *Gertrude Düby*, una reconocida etnóloga en Chiapas.

O.D.: Es sabido que había disputas dentro del grupo de comunistas alemanes en México. ¿Cómo percibió de niña estos enfrentamientos, si es que se dio cuenta de ellos?

R.R.: Había diferencias en el grupo de emigrantes de habla alemana, pero yo no tenía todavía ni siquiera 18 años y no era una persona política. Peter sí tenía más de 18 y en algún momento ha podido dar explicaciones al respecto. Sabes, yo sólo me enteré de eso por rumores. Este grupo comunista estaba dominado por *Paul Merker*, quien alguna vez fuera diputado en el parlamento, y él ordenó evitar a algunas personas. Sé eso tan sólo por mi experiencia de joven. Estaba la familia

Stibi, (Georg Stibi fue más tarde ministro del exterior en la RDA) y la familia italiana que yo amaba, *Maria* y *Mario Montagna*. Y precisamente a la gente a la que yo quería, no se les debía frecuentar. Mario y Maria, por ejemplo, cuando nuestra madre estuvo enferma, nos invitaban a cenar una vez a la semana. Todavía recuerdo que me encontré a Heni Stibi en el tranvía o en un autobús en la Ciudad de México y, cosa inusual, uno se acuerda siempre de las cosas más raras, le di una flor. Pero eso no era peligroso. Peligroso para los emigrantes, que tenían miedo, era no poder regresar a casa si no hablaban como *Paul Merker* hablaba. Y nuestros padres estaban expuestos a la vergüenza, porque se rehusaban a ello. Una vez *Paul Merker* siguió a mi madre y deslizó una hoja debajo de nuestra puerta². Peter me contó eso después. Era un gran joven y le intentaban explicar cómo tenía que comportarse. Estas cosas aún seguían irritándolo quince años más tarde.

O.D.: ¿Quién le explicaba cómo tenía que comportarse?

R.R.: *Paul Merker*, *Walter Janka*, *André Simone*. Sabes, en parte fue ahí donde nacieron

² La actriz Steffi Spira escribió al respecto: "Anna Seghers conservó mucho tiempo una hoja que Paul Merker deslizó debajo de la puerta de su casa después de que ella hubiera visitado a los Stibi y en la que se leía algo así: 'Ahora sé a dónde vas, en contra de las resoluciones del Partido. Te estuve vigilando. Paul Merker.' En Berlín, ya después, nos reímos de eso. Anna con su grito: '¡Échenla a los buitres salvajes!', pero cuando sucedió en México no nos pareció tan divertido." En Steffi Spira: *Trab der Schaukelpferde. Aufzeichnungen im Nachhinein*. Berlin: Aufbau, 2. Aufl. 1988, p. 231.

las raíces de las cosas horribles que pasaron después en Europa. Y desde entonces nuestros padres se negaron a someterse. Tschibi, mi madre, sufrió dos rupturas en México. Primero el accidente y después el hecho de que *La séptima cruz* se haya convertido en un gran éxito. Eso la hizo destacarse del grupo de emigrantes, sobre todo porque ya empezamos a ser independientes en lo económico. No era que fuéramos millonarios, pero sí podíamos vivir con eso. Me acuerdo de cuando llegó el telegrama en que mencionaban los honorarios por *The seventh Cross*, la edición que publicó el Book-of-the-Month-Club. En ese momento me dije: ya puedes comprarte un vestido.

O.D.: ¿Qué recuerda de los eventos que eran organizados por los emigrantes de habla alemana? Lenka Reinerová la menciona a usted en su libro “Es begann in der Melantrichgasse”: “Por la tarde, en casa de Anna Seghers, Rodi y Ruth también están ahí. Me viene a la memoria una tarde en México en la que llevé a la pequeña Ruth al cine. Era un sitio barato con muchos niños y ruido, y la función se interrumpió varias veces por algunas fallas técnicas. Exhibían una película de Frank Capra...”³

R.R.: Eso lo he olvidado. Pero me acuerdo muy bien de una función de teatro. Actuaban *Steffi Spira*, *Günter Ruschin* y otros a quienes conocía menos. Se propusieron montar la *Ópera de los tres peniques*. Necesitaban más actores y yo fui al, como dicen ahora,

casting. Era tan mala que no me dejaron actuar, pero me permitieron ser la que entregaba los boletos. Y sí, montaron la *Ópera de los tres peniques*, y es el acontecimiento teatral que hasta la fecha más fijo se me ha quedado en la memoria. Vi otras muchas piezas teatrales, pero esta *Ópera de los tres peniques* la seguí soñando durante años. La música estuvo hermosa, y Günter representó a Macky Messer y Steffi, a la señora Peachum. A *Ruth Stavenhagen* la dejaron actuar porque ella era delgada y bonita, no recuerdo qué papel tenía.

O.D.: ¿Qué lugares de la Ciudad de México recuerda a los que quizá haya ido a pasear con sus padres?

R.R.: Con Rosi iba a pasear, con mis padres no tanto. Dábamos la vuelta por las calles y por el Zócalo. En el museo vimos muchas cosas, pero no recuerdo mucho. De la comida mexicana sí me acuerdo muy bien. Lo que más me gusta son las tortillas rellenas de frijoles negros. Con mucho gusto comí siempre tamales, mole, esa salsa de chocolate.

O.D.: ¿Recuerda otras actividades en México aparte de las escolares y de las organizadas por los emigrantes?

R.R.: Sí, trabajé un año de ayudante de enfermera en el *Hospital del Niño* en México. El doctor Neumann lo organizó, porque pensaba que podía llegar a ser doctora. Debo confesar que eso fue terrible para mí, pero también aprendí mucho. Estuve bien protegida. Todas esas horribles enfermedades, niños enfermos, sus padres pobres. Fue terrible, pero pude aguantarlo. Los adultos siempre creen que es bueno que uno haga algo así.

³ Lenka Reinerová: *Es begann in der Melantrichgasse. Erinnerungen an Weiskopf, Kisch, Uhse und die Seghers*. Berlin: Aufbau, 1985.

O.D.: ¿Se acuerda de cómo reaccionó al recibir la noticia del accidente automovilístico en Paseo de la Reforma?

R.R.: Recuerdo la noticia. Me asusté terriblemente. Aunque no creo en Dios, es la única ocasión en mi vida en la que recé. Por cierto, que ya no me acuerdo a quién le recé.

O.D.: Todos los días visitó a su madre en el hospital...

R.R.: No, nunca la visité. No me dejaban entrar. Lo he olvidado, reprimido. Sólo recuerdo cómo salió mi madre del hospital, con el pelo corto.

O.D.: ¿Cómo reaccionó Anna Seghers ante la deportación de su madre?

R.R.: Mamá no nos contaba siempre todo; se escondía en la escritura, se guardaba muchas cosas. Ahora sé que pasó enormes preocupaciones por su madre e intentaba sacarla de Alemania. No sé cuándo exactamente se enteró de que su madre había sido deportada. Teníamos parientes que eran ricos, nosotros éramos los pobres de la familia. Había algunos familiares que tenían mucho dinero; en Inglaterra, la hermana de mi abuela. De cualquier forma, para mi madre nunca fue fácil hacer dinero. Mi abuela recibió una oferta para ir a Shanghai, pero por alguna razón no la tomó en serio. Pensaba: “¿y qué tengo yo que hacer en Shanghai?” Después encontramos cartas en las que se entiende que habría tenido una posibilidad de escapar de la Alemania nazi rumbo a Shanghai. Después conocí gente que sí hizo ese viaje, pero mi abuela no lo hizo por varios motivos. Creo que la gente no sabía lo que le esperaba.

O.D.: ¿Y usted cómo reaccionó ante eso?

R.R.: Yo me di cuenta de eso muy paulatinamente. Al principio, no lo comprendí. No sé cuándo lo comprendió mi madre, pero enseguida se lo tragó. La gente siempre dice: “ah, en las fotos tu madre no se ve muy alegre”. No debió de haber sido alguien muy alegre, porque siempre andaba pensando en su madre. Me acuerdo que a veces deambulaba, y decía en voz baja y como para sí misma: “madre”.

Sí critico ese comportamiento de mi madre. Buscaba mantenernos aparte de esas cosas horribles, quería que tuviéramos una vida normal. Eso es bueno, pero a veces me sorprende haciendo lo mismo con mi hija. Hace tres años me gritó, porque no le conté algo. La quería proteger de eso y entonces me di cuenta de que estaba haciendo lo mismo que mi madre.

O.D.: ¿Qué es lo que más le gusta de la obra de su madre?

R.R.: Desde hace mucho no leo la obra de mi madre. Y no en señal de protesta o de provocación, sino porque de joven me dije: si tu madre escribe algo, no tienes forzosamente que leerlo. Alguna vez comencé a leer un poco de aquí y un poco de allá, y me pareció terriblemente difícil; y mucho después, ya que llevaba mucho tiempo siendo adulta, comencé a leer a Anna Seghers. Hasta ahora no he leído todo. Me di cuenta de lo bello que es el libro *La séptima cruz*, que antes me parecía muy complicado. Pero tuvo que pasar mucho tiempo. Leer realmente a mi madre lo he hecho hasta después de la reunificación de Alemania. Entonces fue cuando la leí más, debo confesarlo. Mis obras preferidas son las *Sagen vom Räuber Woynek*,

y también las *Sagen von Artemis* y otras narraciones cortas. No he leído lo suficiente a mi madre. Fue hasta muy tarde que me di cuenta de lo bellas que son sus obras. Cuando la comparo con otros escritores, me doy cuenta de lo bien que escribió.

O.D.: “La excursión de las muchachas muertas” (Der Ausflug der toten Mädchen) también es una narración excepcional...

R.R.: Sí, está llena de añoranza por el hogar perdido. Pero no me llega tanto como las otras.

O.D.: ¿Recuerda algún libro infantil u otro libro en especial que su madre le haya leído?

R.R.: Me acuerdo que nos leía en Francia. Una vez estuve enferma y me leyó La Biblia. Era de la opinión de que forma parte de la cultura y yo lo entiendo así también. También teníamos libros meramente infantiles de varios géneros, franceses, de “corazón”, “Heidi”, libros sobre animales.

O.D.: Cuando terminó la guerra usted también regresó a París como su hermano. Primero a Nueva York y de ahí a Francia...

R.R.: Sí, tuve la oportunidad de ir a Francia. En México estaba una estadounidense que entabló amistad con nuestra familia. No sé qué ha sido de ella, solo sé que se llamaba Silvia Martinique y que vivía en Nueva York. Con ella volé a Nueva York y ahí me quedé un mes, y dejé que me paseara y después conseguí lugar en un barco que era mitad militar y mitad civil. Con él llegué a *Le Havre*. Peter me recogió en la estación de trenes de París y me había conseguido una habitación en

la *Cité Universitaire*. Entonces me paseé un poco por París sin saber qué era lo que quería estudiar y, al final, me decidí por medicina. Ocho años después, cuando empezaba a trabajar, hubiera querido quedarme en París, pero en ese entonces era muy difícil conseguir, como extranjero, la visa de trabajo. Ursula Mayer, una antigua combatiente en España, trabajaba en un hospital de Berlín y me preparó el camino hacia Alemania. Entregué mi pasaporte.

O.D.: ¿Su ciudadanía mexicana? Peter volvió a Europa con un pasaporte húngaro y usted con uno mexicano...

R.R.: Sí, aquí en la RDA entregué mi pasaporte mexicano. Me dije: ahora te quedas en la RDA; ahora entregas tu pasaporte. ¿Para qué querría varios pasaportes? Lo entregué sin titubear y entonces me convertí en ciudadana de la RDA. Primero recibía uno el pasaporte verde de la comisión de los aliados en el que se leía: “... afirma ser alemán”, o algo así. No quería irme de ahí. Había decidido ir a la RDA y trabajar ahí.

O.D.: Su madre también tuvo que entregar su pasaporte mexicano y eso le pesó mucho...

R.R.: Sí, he oído al respecto. Fue muy difícil, pero no me di cuenta. Mi madre al principio estuvo en la zona norteamericana. Uno podía ir de una zona a otra sin complicaciones. En ese entonces podía visitarnos en París. Pero la convencieron de mudarse a Berlín oriental y se fue a Adlershof. Para mí, entregar el pasaporte no representó problema alguno. Fue sólo una cosa administrativa. Lo que me

importaba era conseguir la aprobación como doctora y ésa la conseguí en el Ministerio de Salud e inmediatamente me dieron un puesto en el norte de Berlín, en la misma clínica donde estaba *Ursula Mayer*. Ahí comencé a ejercer como pediatra. El jefe de la clínica era un camarada, no un arribista o algo así sino un camarada normal, y me acomodó en la sección más estricta. Yo no hablaba muy bien alemán. Cuando hablaba alemán la gente se reía, pero sin malicia. Decía cosas muy raras. Me acuerdo que en una consulta dije: *“Dieses Kind hat noch nicht gepisst”* (este niño todavía no mea). Tuve una excelente formación profesional; aprendí mucho. Se escucha arrogante, pero tuve una formación médica muy buena en París. Hoy las cosas son diferentes. Hoy en Europa todo se ha globalizado. En la Unión Soviética también se estudiaba así: cada mañana en la clínica. Sabía cosas que impresionaban a mis colegas. Tengo la habilidad de saber auscultar a los pacientes; eso lo aprendí desde la universidad en París. Más tarde, cuando yo misma ya como médico recibía a jóvenes médicos recién egresados, me daba cuenta de que no tenían suficiente experiencia en la práctica. Ahora también estoy en el papel del paciente, y me molesta que cuando voy al médico no me ausculte...

O.D.: En una entrevista con Cristel Berger, usted habla de haber tenido miedo en México de llegar a ser algo demasiado tarde en la vida y de que deseaba volver a Europa para estudiar. Su hermano también ha dicho que, en ese entonces, quería regresar a Europa lo antes posible. Ustedes dos volvieron a Europa incluso antes



Akademie der Künste, Berlin, Anna-Seghers-Archiv, © Anne Radvanyi.

Anna Seghers con sus hijos Peter y Ruth Radvanyi en México.

que sus padres. ¿En su familia nunca se habló de permanecer en México?

R.R.: ¿Permanecer en México? No, creo que eso nunca formó parte del plan. Quizá ése haya sido el motivo por el que nos inscribieron en una escuela francesa. Quizá nuestro retorno formaba parte del plan de vida, sobre todo del de mamá. Del de papá, no puedo decirlo exactamente. Mamá quería regresar a su idioma, a donde se hablara su lengua. Nuestros padres querían que hiciéramos una carrera universitaria. Nos habíamos graduado en una escuela francesa, hablábamos francés, así que estábamos preparados y de la mejor manera. Aunque también conozco gente que se quedó en México. Pero

mamá quería volver a Alemania. Probablemente quería tener a sus hijos cerca y no con el océano Atlántico de por medio. Quizá nuestro padre se hubiera quedado con gusto en México.

O.D.: ¿Por qué después de su regreso a Europa usted no ha vuelto nunca a México?

R.R.: No lo sé, tengo una barrera interior que me impide volver.

O.D.: En el texto citado al principio de esta entrevista “Frauen und Kinder in der Emigration” (Mujeres y niños durante la emigración) se lee lo siguiente: “Muchas de las personas forzadas a emigrar creyeron en el primer día haber perdido todo. Después se dieron cuenta de que habían encontrado y ganado mucho de lo que antes ni siquiera sabían que existía.” ¿Qué piensa de esta afirmación? ¿Cree que la emigración también tiene sus “lados buenos”? Después de la emigración su familia se separó...

R.R.: Yo quería evitar una cosa: quedarme siempre junto a mi madre. Por eso me entregué completamente al trabajo y luché por hacerme de una casa propia. Mi trabajo era muy duro, pero me gustaba mucho. La jefa de mi sección en el hospital, Ursula, con quien trabajaba, fue enviada a Estalingrado, hoy Volgogrado, para abrir una clínica de pediatría. Me fui con ella como médico asistente. En eso se puede apreciar mi carácter: por un lado era tímida y reservada y, por otro, deseaba la aventura. Ahí aprendí mucho durante todo un año y también trabajé por mi

cuenta, me ayudó mucho. En algún momento Ursula se fue de vacaciones y me dejó sola, así que durante un mes tuve que trabajar sola. Eso le enseña a uno mucho. Después, cuando yo misma recibí a jóvenes médicos practicantes, me di cuenta de la importancia que tiene vivir esas experiencias prácticas, pero ellas solas no son suficientes. Es muy importante que uno se enfrente a la teoría. En todo el mundo es así, que los médicos jóvenes aprenden a costa de los pacientes. Después, cuando volví a Berlín, cuando había algún caso o emergencia importante, siempre me enviaban para que ayudara. Mis colegas decían: “pobre Ruth”, pero yo siempre lo hice con gusto y además aprendía algo. Un día me convertí en Jefa de Sección Médica y alguien del Ministerio de Salud preguntó si me gustaría irme a Zanzíbar. Y pensé: Zanzíbar, Zanzíbar, eso lo leí alguna vez en el periódico. Lo busqué en el globo terráqueo. Tenía miedo, porque me acordaba de Martinica y, como no podía salir de ahí, me dio algo así como un miedo a las islas. Claro que fui a Zanzíbar, incluso como responsable del equipo, y allá me quedé dos años; fue muy interesante. Uno crece mucho con tareas como ésa.

A veces me dicen: “qué horrible para ti que tuviste que vivir la emigración!”. Sin embargo, he vivido cosas peores; como otros también cuando hay guerra, pero en lo esencial gané. Aprendí a amar a otras personas, a entender nuevas culturas. En eso me hice rica para el resto de mi vida. Durante mi infancia y adolescencia, mi patria fue mi madre.